POEMAS A LA NOCHE, SELECCIÓN   RAINER MARÍA RILKE

POEMAS A LA NOCHE,

SELECCIÓN

Rainer María Rilke



Rainer María Rilke

Poemas a la noche

Selección



Rainer Maria Rilke

Nació el 4 de diciembre de 1875 en Praga, Imperio austrohúngaro (actualmente República Checa). Destacado lírico y novelista, considerado el poeta en lengua alemana más influyente de la primera mitad del siglo XX y entre los mejores de la literatura universal.

Entre sus principales obras destacan los poemarios *Elegías de Duino* (1923) y *Sonetos a Orfeo* (1923); en prosa, *Cartas a un joven poeta* (1929), numeroso y singular epistolario de la correspondencia que mantuvo con uno de sus jóvenes admiradores, el escritor Franz Xaver Kappus; y su única novela *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge* (1910), obra semiautobiográfia de estilo expresionista.

Fallece el 29 de diciembre de 1926 en Suiza.

Poemas a la noche
Rainer María Rilke

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: María Grecia Rivera Carmona
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

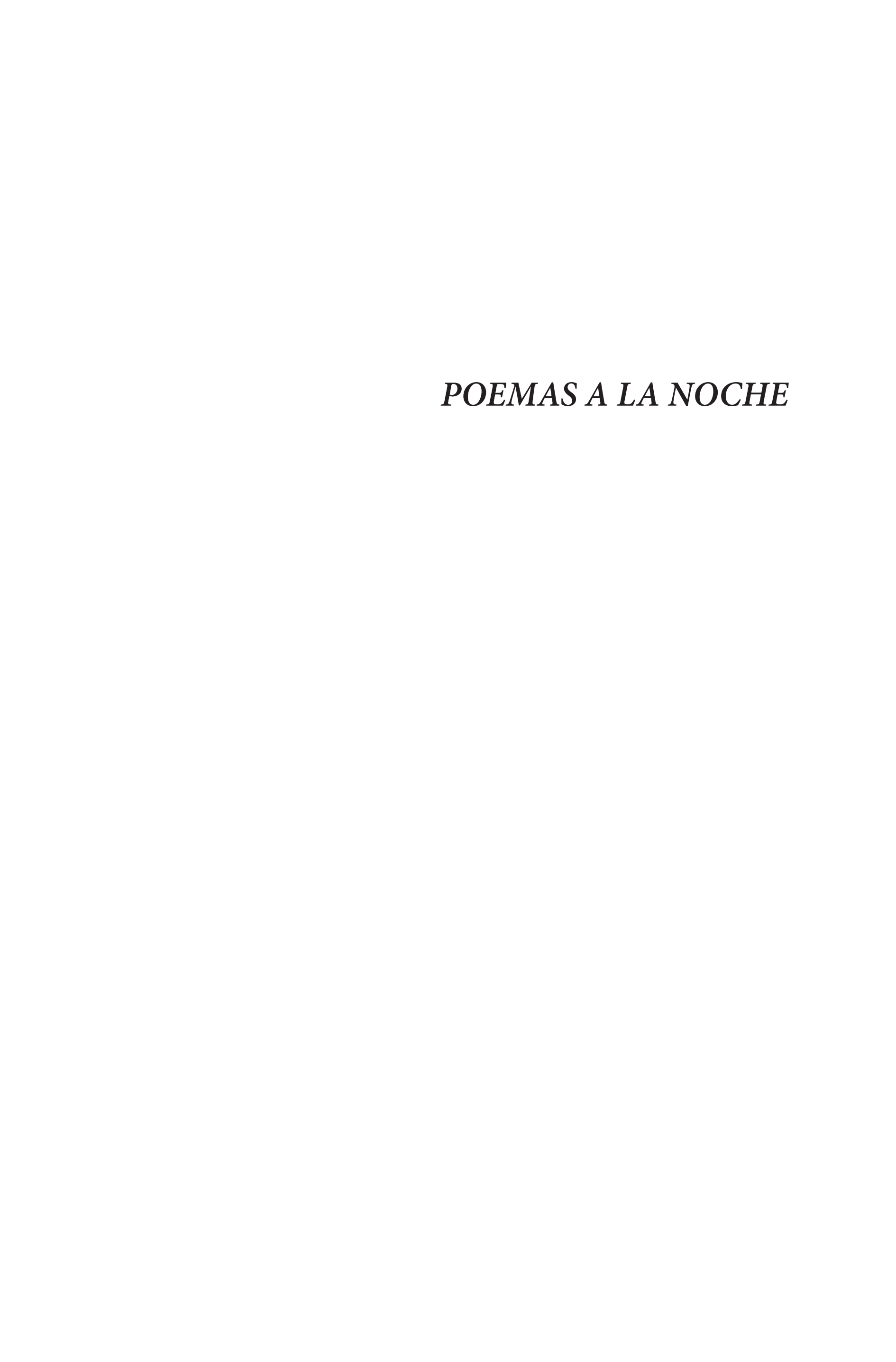
La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



POEMAS A LA NOCHE

[CUANDO ESCARBO EN TU ROSTRO]

Cuando escarbo en tu rostro
igual que roen las lágrimas a quien llora, cuando
acreciento mi frente y mi boca
a partir de esos rasgos que conozco de ti,
[creo que por encima de cada parecido,
que nos separa por su duplicidad,
establezco una rica equivalencia].

París, cambio de año 1913/1914

[UN DÍA YO TOMÉ TU ROSTRO…]

Un día yo tomé tu rostro entre mis manos.
La luna entraba en él.
De los objetos el más inasible
bajo un llanto que estaba rebosando.

Como algo que consiente, que persiste en silencio,
casi era una cosa que se toca.
Sin embargo, ningún ser en la fría
noche se me escapaba más infinitamente.

Cómo nos derramábamos hacia esos lugares
y apremiábamos hacia la poca superficie
de nuestro corazón las olas todas,
debilidad y placer,
¿y finalmente a quién las ofrecimos?
Al extranjero, ay, que con nosotros
se confundió o al otro
que no encontramos nunca,
a los criados que nos vincularon,
a los primaverales vientos que se fueron con ellas
o al silencio que juega a perder.

París, finales de 1913

[OH DE UN ROSTRO…]

Oh de un rostro a otro rostro
cuánta elevación.
Irrumpe en los culpables
remisión y renuncia.

¿No es frío el soplo de noches
que —en esplendor lejano—
cruzan entre los siglos?
¡Alza tú el campo del sentimiento!
Los ángeles de pronto
van a ver la cosecha.

París, cambio de año 1913/1914

[MIRA CÓMO LOS ÁNGELES]

Mira cómo los ángeles
a través del espacio están sintiendo
sentimientos perpetuos.
Nuestra ascua al rojo vivo sería para ellos cual frescor.
Contempla en el espacio arder los ángeles.

Mientras que a nosotros,
que somos incapaces de saber de otro modo,
esto se nos prohíbe y aquello se nos da gratuitamente,
fascinados por metas, ellos andan
su región instruida.

París, finales de 1913

[¿NO RESPIRÉ DEL SENO…]

¿No respiré del seno de cada medianoche,
para que un día vinieras, por amor hacia ti,
un caudal como este?
Porque yo esperaba, con ayuda de casi
intactos esplendores, poder saciar tu rostro
si acaso en infinita conjetura
sobre el mío llegaba a reposarse.
Silencioso en mis rasgos se abrió espacio
para satisfacer tu gran mirada,
espejeó mi sangre, se hizo honda.

Si a través de la pálida disyunción del olivo
me abrumó más la noche con el peso de estrellas,
yo me ponía de pie y hacia atrás me inclinaba
y así aprendía el reconocimiento
que más tarde jamás te atribuí.

Ay, se sembraba en mí cuánta expresión,
para que yo, si bien tu mirada jamás era lograda,
sobre ti contemplara el espacio entre los mundos.
Pero tú no vendrás o vendrás ya muy tarde.

Ángeles, abatíos sobre este
azul campo de lino.
Oh, ángeles, oh, ángeles… ¡segad!

París, finales de 1913

[ENTONCES SERÁ EL ÁNGEL…]

Entonces será el ángel ciertamente
el que bebe despacio de mis rasgos
el vino esclarecido de visiones.
Sediento, ¿quién te ha llamado aquí?

Y que tú estés sediento, tú en quien la catarata
de Dios en cada vena se arroja: que tú tengas
también sed: abandónate a la sed
(¡cuánto me has conmovido!).

Y, mientras fluyo, siento
lo seca que tenías la mirada;
y estoy tan inclinado encima de tu sangre
que hasta inundo tus cejas, las puras.

París, finales de 1913

AL ÁNGEL

Alzado candelabro, rotundo sobre el límite y sereno.
La noche se efectúa allá en lo alto:
nosotros tanteamos en lo entenebrecido,
nuestro ser derrochamos junto a tu fundamento.

Ese es nuestro destino: ignorar la salida
de ese desconcertante interno ámbito.
Te apareces encima de cada impedimento nuestro
y lo incendias como a una alta cima.

Tu alegría se alza sobre nuestros dominios
y a nosotros apenas se nos da un sedimento:
como la pura noche de equinoccio,
te yergues dividiendo un día de otro día.

¿Quién sería capaz de administrarte
el mejunje secreto que a nosotros nos turba?
Tú recibes tu gloria de todo lo sublime;
nosotros nos tratamos con lo ínfimo.

Si lloramos, no hacemos más que sensiblerías,
al contemplar estamos a lo sumo despiertos;

nuestra sonrisa no seduce mucho,
y si seduce, entonces, ¿quién la sigue?

(Cualquiera.) Ángel, entonces, ¿deberé lamentarme?,
¿pero cómo haría mío mi lamento?
Ah yo grito, yo bato con dos troncos,
pero no creo que nadie pueda estar escuchándome.

Mi alboroto no alcanzaría eco en ti
si tú no me sintieras tan solo porque soy.
¡Ilumina, ilumina! Allá entre las estrellas
sea yo más contemplado, porque me desvanezco.

Ronda, enero de 1913

[LOS CIELOS QUE DERROCHAN…]

Los cielos que derrochan rebosantes estrellas
ostentan por encima de tus penas.
En lugar de la almohada, vierte el llanto a lo alto.
Aquí, en el que ya llora, en el último rostro,
extenuándose,
comienza electrizante el espacio del mundo.
¿Quién si hacia allí te apremias detiene este torrente?
Nadie, a no ser que tú te alzaras en combate
con toda esta corriente impetuosa
de astros que se lanzan hacia ti.
Respira, aún respira lo oscuro de la tierra
y alza otra vez los ojos. Levemente y sin rostro,
desde arriba se apoya la lejanía en ti.
Ese rostro disuelto que la noche contiene
confiere al tuyo espacio.

París, abril de 1913

[FUESE ENTONCES O SEA…]

Fuese entonces o sea yo ahora: tú marchabas
sobre mí, hacia mí: tú, infinita tiniebla hecha de luz;
y la sublimidad que abriste en el espacio
yo, irreconocible,
la acojo en este rostro fugitivo.

Supieras tú, oh noche, cómo yo te contemplo,
cómo mi ser evita el impulso
para osar arrojarse por encima de ti.
Cómo podría creer que bastaran dos cejas
para contener tales torrentes de mirada.

Que sea naturaleza. Que sea solo una
acorde y audaz naturaleza: esta vida y, enfrente,
aquel forjado astro que imploro sin saber:
oh así quisiera yo ejercitarme
a estar como las piedras engastado
en la figura pura.

París, otoño de 1913

[LA GRAN NOCHE]

Te admiré tantas veces tras la ventana ayer apenas comenzada,
he estado tantas veces contemplando tu rostro y admirándolo.
Aún me estaba la nueva ciudad como prohibida
y el paisaje crecía inconmovible en la tiniebla. Como si yo no fuese.
Ni siquiera las cosas más cercanas se cuidaban de serme comprensibles.
La calleja subía rondando la farola: veía que era extraña.
Enfrente había un cuarto que invitaba alumbrado por la lámpara
y yo ya era partícipe. Mas debieron sentirlo
pues cerraron las contraventanas. Me quede allí de pie.
Entonces lloró un niño. Sentí a todas las madres de los alrededores.
El poder que tenían. Supe de todo llanto al mismo tiempo
cuál era la razón inconsolable. O cantaba una voz y esperaba respuesta
prolongándose un poco más allá o tosía, cargado de reproche,
más abajo un anciano, cual si acaso su cuerpo

tuviese más razón que el mundo, más benévolo. Entonces dio una hora.
Pero empecé a contar muy tarde. Se escapó.
Cual si fuese un muchacho forastero al que al final se invita a jugar con los otros,
pero nunca consigue atrapar la pelota ni conoce los juegos que los otros
entre ellos practican con familiaridad
y se para y contempla afuera —¿pero adónde?—:
así estaba yo y de repente supe que tú estabas, tenías trato conmigo.
Jugabas, noche adulta. Con sorpresa de nuevo te miré:
donde pulsaban torres cargadas de rencor,
allí, donde apartada del destino, crecía en torno a mí una ciudad,
y contra mí se alzaban montes indescifrables
y en un estrecho círculo una hambrienta lejanía
rodeaba la llama aleatoria de mi sentir, allí,
alta noche, no resultó deshonra ninguna para ti el conocerme.
Me recorrió tu aliento. Tu sonrisa entró en mí, dispersa entre lejanas gravedades.

París, enero de 1914

[OFRECERME YO QUIERO…]

Ofrecerme yo quiero. Adelante: transgrede cuanto
puedas.
¿No has conferido acaso más majestad al rostro del
pastor
de la que acaso pudo moldear en la expresión real la
ascendencia
de innumerables reyes en el seno de princesas;
ello junto a la audacia del futuro?
Y si los galeones
en el bosque asombrado de sus tallas inmóviles
reciben ciertos trazos del espacio marino
por el que silenciosos se abren paso y penetran:
oh, entonces cómo uno que sensible desea y se desgarra
no acabará al final por parecerse más
a ti, noche severa.
-

París, enero de 1914

[AY QUE CAIGA AL CONTACTO CON UN ÁNGEL]

Ay que caiga al contacto con un ángel
un reflejo en el mar sobre una luna:
allí mi corazón habita cual coral en muda lucha
sus más jóvenes ramificaciones.

Incierto permanece para mí todo el mal infringido
por el desconocido de allí enfrente;
la corriente vacila, se impulsa al otro lado;
profundidad y obstáculos producen sus efectos.

Venidas de otro tiempo, rígido, inconmovible,
dan vueltas las criaturas de repente elegidas
y el eterno mutismo de todos los seres
precipita el bramido de la historia.

París, febrero de 1914

[¿NO ES EL DOLOR…]

¿No es el dolor… —tan pronto un nuevo estrato
es alcanzado por
la reja del arado, con firme mano usada—,
no es bueno acaso el dolor? ¿Y cuál va a ser el último,
el que interrumpa todos los dolores?

¿Cuánto duelo ha de ser consumado?
¿Cuándo bastó y fue tiempo de asumir ese otro
dolor más llevadero?
Y sin embargo, reconozco yo,
mejor que la mayor parte de esos
que un día resucitan, la bienaventuranza.

París, otoño de 1913

[TÚ QUE POR MEDIO DE ELLAS…]

Tú que por medio de ellas —las noches— me
encumbraste,
¿no es como si tú, ilimitado,
me hubieras conminado a más sentir
del que yo puedo concebir sintiendo?

Ah los cielos son fuertes desde aquí:
cual llenos de leones que vencemos
incomprensiblemente.
No, tú no los conoces, porque temen
y salen a tu encuentro intimidados.

París, otoño de 1913

[ALZANDO LA MIRADA DESDE EL LIBRO]

Alzando la mirada desde el libro,
desde renglones numerables, próximos,
hasta la noche afuera, llena de cumplimiento:
oh cómo concordando con los astros
los sentimientos van y se dispersan,
cual si un ramo de flores silvestres se trenzase:

juventud de los leves, oscilar que declina de aquellos
más
pesados
y ligera doblez de los más tiernos.
Placer de referencia por doquier
pero en ningún lugar solicitud.
Mundo en exceso y tierra suficiente.

París, febrero de 1914

[CONTEMPLA, ¿NO RESIDE ALLÍ SONRISA?...]

Contempla, ¿no reside allí sonrisa? ¿Acaso no está allí,
en campos que rebosan de abundancia,
aquello que nosotros conducimos hasta una pequeña floración,
cuando nos ocupamos de izarla en nuestro rostro?

Nocturna partitura indescifrable,
¿dónde está el intervalo que puede apoderarse de tus límites?
¿Dónde —dime— la voz que comprende tus cimas?
¿Y qué hombre sostiene el bajo de tu abismo?

¿Es que ya no podemos perpetuar del ser
la pura efervescencia hasta ese punto
en que, junto a un exceso de significación,
se colma de contento en distancias acordadas?

Allí es donde su curso desemboca, tras caída y resistencia,
regocijado en todo aquello que se ha abierto,

dividiendo su flujo en brazos silenciosos,
el adorante, el tornado caudaloso.

(Oh, mitad ignorada de los mundos enteros, que se cierra sobre esta ignorada mirada que yo alzo).

París, noviembre de 1913

[TENDENTE A LO QUE CALMA]

Tendente a lo que calma,
me he decidido por la noche intacta;
fuera de mí han fluido mis sentidos
y en lo innominado se ha multiplicado el corazón.

París, final de 1913

[POR QUÉ EL DÍA NOS CONVENCE]

Por qué el día nos convence
de que aquí nos hallamos expuestos a carencia,
cuando estas fuertes noches se doblan bajo el peso
de la cosecha de la creación del mundo.

París, final de 1913

[AL ÁNGEL]

No aguardes mi elección, sino que exige;
tú lo puedes, pues no te falta nada.
Cómo con un crujido, impenetrable,
te has precipitado y me has salido al paso.
Mi angustia aún propendía
a eludir tu oleaje.
Mas quién se ocultaría y tras qué dique
si creciera el océano hasta el cielo.

París, en el cambio de año 1913/1914

[CÓMO OFRECÍ ESTE ROSTRO…]

Cómo ofrecí este rostro a fin de que su tacto
entrelazara brutos espacios de lo libre,
pues hasta el mismo frágil abedul que tierno se deshoja,
montado en la colina, desplazaría ciudades hasta aquí.

París, cambio de año 1913 /1914

IMPROVISACIONES DEL INVIERNO EN CAPRI

I

Empinada delante
del corazón te alzas cada día,
montaña, roquedal, desierto, no-camino:
Dios al que escalo solo y caigo y yerro…;
cada día de nuevo
me adentro en mi pasado de ayer y doy vueltas.
A veces es el viento quien me toma
indicando delante de la encrucijada
y me arroja donde una senda emprende,
otras veces me bebe en silencio un camino.
Mas tu voluntad indómita
reúne los senderos como alumbre,
hasta que unas ranuras viejas, incontenibles,
se pierden en lo horrible del abismo.
Déjame con los ojos cerrados,
déjame como con los ojos tragados,
déjame con la espalda apoyada en los colosos

esperar en tu borde a que este vértigo
con el que estoy fundiéndome
restablezca a su sitio mis hurtados sentidos.
¿Es que está todo en mí en movimiento?
¿Nada es estable, nada
insiste en su derecho a gravedad?
Lo más ansioso mío y lo mejor…
Y el vórtice lo arrastra como si nada fuese hasta lo hondo…
Oh, rostro, rostro mío, ¿de quién eres?
¿De qué cosas eres rostro?
Cómo puedes ser rostro de un adentro
en el que todo el tiempo algún comienzo
se aglomera con un desvanecerse
y un dar lugar a algo.
¿El bosque tiene un rostro?
¿El basalto de las montañas
no está ahí sin un rostro?
¿Desde su fondo no se encrespa el mar
sin rostro y es que el cielo
no se refugia en él sin frente, sin boca, sin barbilla?
¿No se acercan a veces a uno
los animales como para pedir: toma mi rostro?
Para ellos resulta muy pesado,

mas es con él que llevan
muy dentro de la vida su alma poca.
Pero ¿y nosotros?
Animales del alma,
perturbados por todo cuanto hay en nosotros,
mas aún no resueltos a nada;
nosotros, almas que pacen,
¿no imploramos de noche a aquel que da noticia,
para que nos conceda ese no-rostro
que pertenece a nuestra oscuridad?
Oscuridad, mi oscuridad,
ahí estoy contigo y afuera todo pasa y yo quería
que creciera en mi ser una voz:
igual que un animal, tener tan solo un grito para todo.
¿Pues qué es acaso el número
de palabras que vienen y se van,
cuando un canto de pájaro, repetido mil veces,
alzado sin cesar, puede abrir tan de lleno
un corazón minúsculo, tornarlo en uno solo
junto con el del aire y con el del boscaje
y tan claro y audible para Él…:
el que siempre de nuevo, tan pronto ha amanecido,
se alza: el roquedal más escarpado.
Pues, aunque yo pusiera

mi corazón encima del cerebro
y mi anhelo sobre ellos y aun mi soledad:
qué pequeño aún sería,
porque Él lo sobrepasa.

II

Y si yo recobrara entre otros cien
mi corazón colmado y aún viviente,
lo tomase en mis manos de nuevo,
hallado entre otros cien, mi corazón;
si acaso yo lo alzara sacándolo de mí
hacia aquello de afuera,
hacia la lluvia gris de la mañana,
al día que se dilata entre largos caminos
y caminos sin pausa
o en las tardes más bien, afrontando la noche,
la caridad que clara se aproxima…
Y si lo sostuviera tanto como pudiese
hasta dentro del viento y el silencio;
si no pudiese más, ¿lo tomarías tú entonces?
¡Tómalo, plántalo!
No: arrójalo mejor sobre las rocas y sobre el granito,
donde quiera caer.

Tan pronto se te escape de las manos,
germinará, hincará raíces como garras
en la sierra más dura de todas,
la que elude la edad.
Y si no germinara,
si no es lo suficientemente joven,
aprenderá poco a poco de la altura
la manera, el color de la roca;
tendido yacerá entre sus esquirlas,
se soldará con ella, se erosionará también con ella
hasta erguirse y entrar en la tormenta.
Y si quieres soltarlo en el fondo
del sordo mar, en medio de las conchas,
quién sabe si no habría de venir
estirándose desde su boca en forma
de tubo un animal
que intentará tocarte con sus brillos
y llevarte con él y dormir a tu lado.
Déjalo solamente encontrar un lugar
para que no esté así en cualquier parte,
en el espacio que apenas tus estrellas
pueden satisfacer.
Contempla cómo cae en el espacio.
Tú no has de sujetarlo en tu mano día y noche

igual que el corazón de un animal.
¡Ay si pudiese solo estar dentro un instante!
En el más miserable cobertizo
tú pudiste perder los corazones
de tus santos; allí ellos florecieron
y te dieron su fruto.
Oh tú disipador inconcebible y libre,
tú pasas con un salto de largo junto a mí.
¡Tú ciervo iluminado, inveterada
criatura de cien brazos!
La cornamenta arrojas siempre de tu cabeza
para huir más ligero entre tus cazadores,
(¡y es que todo te lleva!),
mas ellos solo ven, inaccesible,
cómo el mundo se cierra tras tu paso.

III

Tantas cosas que yacen descosidas
por manos presurosas, que en la busca de ti se
retardaron:
deseaban saber.
Y en un antiguo libro hay a veces

algún pasaje oscuro subrayado.
Ahí estuviste un día. ¿En dónde estás huido?
Si alguien te retuvo, lo destruiste entonces;
su corazón se abría y tú no estabas dentro.
Si un orador alguna vez te habló,
lo hizo sin aliento, ¿adónde vas?
También me ocurrió a mí.
Solamente que yo no te interrogo:
con servir me contento y nada te demando.
En la espera sostengo
la mirada obediente de mi rostro en el viento de los días
y no lloro a las noches
(pues veo que ellas saben).

Capri, diciembre de 1906

IV

Para la condesita M. de S.
Cierra ahora los ojos,
para que así nos sea concedido encerrar todo esto
en nuestra oscuridad, nuestro reposo,
(como alguien a quien le pertenece).
En el deseo, en lo planeado,

en lo que no se ha hecho,
en lo que aún se hará,
allí en algún lugar hondo en nosotros,
también se encuentra esto:
es igual que una carta que cerráramos.
Ya no abras más los ojos. Ahí no hay nada,
ahora ahí no hay nada más que noche;
la noche de la alcoba toda en torno
de una pequeña luz (bien la conoces).
Pero en ti sí está todo: está velando,
y sostiene tu rostro como un flujo, cerrado
dulcemente…
Y él te lleva.
Y tu ser a su vez también lleva
y estás tendido igual que un pétalo de rosa
sobre tu alma que crece.
¿Por qué ver significa tanto para nosotros?:
¿erguirse sobre el borde de una roca?
¿En quién hemos pensado cuando hemos saludado
a lo que se extendía delante de nosotros?…
Sí, ¿quién era?
Cierra los ojos más dentro de ti
y reconócelo de nuevo poco a poco: mar tras mar,
pesantez de sí mismo, azul desde su seno

y vacío en los bordes, con un fondo de verde
(¿de qué verde?: no existe en ninguna otra parte…).
Y de súbito, exhausto, cerniéndose en lo alto
las rocas, de tan hondo,
que en su escarpado auge ya no saben
dónde va a terminar su subida.
De repente él se quiebra contra el cielo
allí donde este es denso: cielo lleno de sí.
Y arriba, míralo, también hay cielo
y se adentra muy lejos en plena desmesura:
¿Qué no es cielo? ¿No lo irradian acaso las dos rocas?
¿Su luz no pinta el blanco más lejano,
la nieve, que parece en movimiento
y que se lleva lejos consigo la mirada?
¿Y antes de respirarlo no deja de ser cielo?
Cierra fuerte los ojos. ¿Era eso?
Apenas si lo sabes. Ya no puedes
separarlo de tu propio interior.
Y en tu interior difícilmente el cielo
deja reconocerse.
Camina el corazón y camina y no vuelve la mirada.
Y sin embargo sabes
que podemos cerrarnos de esta forma
con la tarde, igual que las anémonas,

clausurando con uno el transcurrir de un día
y al día siguiente abrirnos un poco más crecidos.
Y obrar así no nos está tan sólo permitido,
pues es lo que debemos:
aprender a cerrarnos sobre lo inacabable.
(¿Has visto hoy al pastor? Él no se cierra.
¿Cómo iba él a hacerlo? En él penetra el día
fluyendo y continúa fluyendo fuera de él,
como por una máscara, detrás de la que hay
tan sólo oscuridad…)
Mas nosotros podemos
cerrarnos, clausurarnos firmemente
y al abrigo de las oscuridades
que habitan con nosotros hace tiempo
aún hospedar un resto de ese otro inasible,
como alguien a quien le pertenece.

Capri, febrero de 1907

UN VIENTO DE PRIMAVERA

Viene con este viento destino; oh deja, deja
que venga lo que pugna
y aquello en lo que ciegos arderemos:
lodo eso te alcance. No te muevas.
Nuestro destino viene con este viento.
De alguna parte trae este viento nuevo,
con la carga de innominadas cosas,
sobre el mar vacilando, lo que somos.
Pero ay si lo fuésemos. Entonces sí estaríamos en casa.
Ascendería el cielo de nosotros, se pondría en
nosotros…
Pero con este viento siempre va y se marcha
sobre nosotros el destino inmenso.

Capri, febrero de 1907

LA NOCHE DE EQUINOCCIO

Una red de veloces mallas hechas de sombras
se arrastra sobre aquellos
caminos de jardín que ha trazado la luna,
como si algo cautivo se moviese allí dentro
y alguien que está lejos
lo estuviera abrazando largamente.
Aroma prisionero que permanece reacio.
Mas de repente es como si una ola
desgarrase la red en un claro lugar
y todo escapa; todo huye y pugna.
Revolotea otra vez ese que conocemos hace mucho:
viento nocturno entre los duros árboles,
mas en lo alto están, fuertes y diamantinas,
en espacios profundos y solemnes las amplias
constelaciones de una
noche de primavera.

Capri, marzo de 1907

SEXTA Y BENDICIÓN

¿Es solo que de pronto el rumor de la sangre
con más fuerza ha cruzado por el atento oído?
O es que han hecho su entrada las monjas
tras la reja del coro?
Aún no han comenzado.
Puede ser que no estén ahí todavía las que nadie vio
nunca,
excepto las madonas sobre los tres altares.
De repente, lejano, un son se escapa y
se adentra en lo impreciso
como si fuera el último de todos.
Entonces, otra vez, como si uno estuviera
equivocándose
y nadie lo escuchara,
el silencio se instala y los rumores
del avanzar en fila y del arrodillarse;
una puerta que bate en el umbral
tras alguien que se ha ido o que ha entrado;
como una señal, desde las lámparas
un destello de claridad que oscila.
Pero luego ya cantan y cantan,

cantan como desde hace muchas horas,
aguzándose más en cada nota, ligadas con sus bocas
—pobres bocas cansadas— al canto prolongado;
cantan como desde hace muchos años,
años que no tuvieron un final.
Están cantando como con el pelo,
como con lo escondido,
sus voces tienen rostros alumbrados,
rostros semiborrados, tal aquellos
que habrán de presentarse
al postrer juicio, féretro tras féretro.
De repente, de todas esas voces,
una voz se distingue elevándose sola,
pequeña, leve, pálida.
Se eleva hacia el milagro y hacia el bien,
sosteniendo como una caracola
a Dios en el oído.

Capri, marzo de 1907

PUESTA DE SOL

(Capri)
Cual si fuese mirada deslumbrante, arena cálida,
poblada por el día, te circundó la tierra,
hasta que rutilante —Atenea dorada, hija de Palas—
se veía ponerse allí en lo alto
del promontorio, el sol
y pródigo y enorme, el mar, diseminándolo.
Entonces se abrió espacio en los espacios
que lentos se vaciaban:
por encima de ti, por encima de árboles y casas
y sobre las montañas el vacío se abrió.
Tu vida, liberada del peso de las luces,
se alzó hasta que se obró
por encima de todas las cosas el espacio,
calmando así el vacío más gélido del mundo
y al fin, en la subida hacia una lejanía apenas concebible,
se reunió con la noche, hasta que allí los astros,
realidad más cercana, defendiéndose, le opusieron sus
límites.

París, agosto de 1907

[PUES DECIMOS QUE SOMOS…]

Pues decimos que somos, que existimos,
nos perturba vivir de imágenes tan solo
y a veces gustaríamos de hurtar con fieras garras
algo de realidad e impregnarnos de ella:
de tanteos, fragmentos, urdir una presencia.

París, agosto de 1907

[TODAVÍA COMO EN LA VEZ PRIMERA]

Todavía como en la vez primera,
apenas si podemos admitir
que nosotros no somos;
y por eso elevamos cada vez
el pesado lamento con el arpa,
si es que un día no la ocupan los lamentos de amor.
Qué ligeros que eran, ay, aquellos,
pero este, pesado,
no se queda allá arriba:
apenas llega al margen, ya se cae.

París, septiembre de 1907

[CONTEMPLAMOS CON OJOS…]

Contemplamos con ojos que atraviesan los libros,
que están habituados a beber diluida cada cosa,
en vez de a masticar el hueso de la esencia.

París, septiembre de 1907

TARDE DE OTOÑO

Viento desde la luna,
árboles sacudidos de repente
y una hoja que cae midiendo el aire.
Entre los intervalos
de las farolas débiles penetra
ese negro paisaje de alguna lejanía
en la ciudad indecisa.

París, septiembre de 1907

[CUANDO EL PRESENTIMIENTO…]

Cuando el presentimiento de una ciudad lejana
se te aferra de pronto, a ti se ase,
como si no encontrara otra morada
distinta a ti, como si acaso fueses
el universo entero.

París, octubre de 1907

PASEO NOCTURNO

Nada es comparable a otra cosa.
¿Existe acaso algo
que no esté solo en sí mismo, indecible?
Damos nombres en vano: tan solo nos es dado
aceptar y explicarnos que nos roza
por acá algún fulgor, allá un destello,
como si en eso fuera ya vivida
la vida misma nuestra.
Quien a ello se opone no llegará a ser mundo
y a quien comprende mucho se le escapa lo eterno.
Pero a veces en noches enormes como esta
nos ponemos a salvo en leves partes
iguales, repartidas a los astros,
que apremian tanto…

París, verano de 1908

EL MUCHACHO ENFERMO

Al girar la cabeza levemente entre los almohadones,
dirigió su mirada hacia la habitación y contempló
los objetos: estaban allí; le pareció
que aquello era lo único que podemos saber,
pero tampoco de eso se fiaba
cuando por días enteros miraba sin sentido:
tan pronto un adensarse, después un distenderse.
La vaguedad subía por los espejos…
¿Pero había algún lugar
donde pudiera siempre reposarse?
Si hasta el aroma de su propia mano
era inasible a veces
y las voces queridas en el cuarto de al lado
perdían su valor y se hacían como aquellas
propias de las visitas.

París, verano de 1908

LOS AMANTES

Mira cómo se cruzan: uno crece hacia el otro
y en sus venas se vuelve todo espíritu.
Las dos figuras vibran como ejes, en torno
a los cuales la rueda irresistiblemente gira y arde.
Tienen sed y reciben la bebida;
mantente alerta y mira: reciben la visión.
Permite que se hunda uno en el otro,
para que el uno al otro sobrepase.

París, probablemente verano de 1908

REZO PARA LOS LOCOS Y LOS PRESOS

Ay, vosotros, a quienes el Ser os apartó
silenciosamente la mirada
de su rostro, el enorme.
Alguien que quizás es,
afuera en libertad,
pronuncia una plegaria
lentamente en la noche:
que por vosotros pase
el tiempo, porque tiempo sí tenéis.
Si acaso algún recuerdo ahora despierta,
roza vuestro cabello tiernamente:
todo fue dado al viento,
todo aquello que fue.
Oh que podáis permanecer serenos,
cuando ya os envejezca el corazón;
ninguna madre sepa
que tal cosa acontece.
La luna ya se ha alzado
allí donde la rama se bifurca,
para quedarse sola
y como por vosotros habitada.

París, 1908 o 1909

NOCHE DE VERANO EN LA CIUDAD

Se hace abajo más gris la tarde toda
y es noche eso que cuelga como un tibio jirón
orlando las farolas.
Mas arriba, vacía y ligera,
la pared medianera de una casa de pronto
más indistinta se alza hacia lo alto
hasta habitar el estremecimiento
de una noche de luna, luna llena
y nada más que luna.
Luego, en lo alto, resbala más allá
una amplitud ilesa y preservada
y en ese lado entero las ventanas
se vuelven blancas y deshabitadas.

Probablemente en París, 1908 o 1909

[OLVIDA, OLVIDA, VAMOS]

Olvida, olvida, vamos
a ver tan solo cómo
las estrellas penetran
por un cielo nocturno, iluminado;
cómo escala la luna
por sobre los jardines a lo alto.
Ha mucho ya sentíamos
que en lo oscuro es todo más espejeante,
que una claridad nace y es una sombra blanca
en el reflejo de la oscuridad.
Pero ahora tomemos sin reserva
el camino que nos conduce al seno
de un mundo que es de luna.

París, verano de 1909

[¿NO SE FORMAN LAS NOCHES?]

¿No se forman las noches
del doloroso espacio entre todos los brazos que de
pronto
abandonó un amado?
Amante eterna que quieres vencer:
derrámate como una fuente; ciérrate
como el laurel.

París, verano de 1909

[LAMENTO DE MUJER]

Cual si fuera una puerta que no cierra del todo,
se desata el abrazo gimiendo entre mis sueños.
Oh, noches dolorosas.
Fuera ablanda el jardín la luz de luna
y las flores me enturbian la ventana.
No es en vano que canta el ruiseñor.

París, principios de 1911

NOCHE DE LUNA

Camino de jardín, profundo como una bebida duradera;
silencioso en el tierno ramaje,
un impulso que irrumpe y que se pierde.
Oh y la luna, la luna:
de su proximidad dubitativa
a punto están de florecer los bancos.
Cómo apremia el silencio. ¿Arriba has despertado?
Estrellada, sensible, frente a ti, la ventana.
Y las manos del viento en tu rostro cercano
depositan la más lejana noche.

París, julio de 1911

APARICIÓN

Qué es lo que hoy te empuja a volver tu mirada
al jardín agitado con una brisa inquieta,
por el que hace apenas un instante
aún surcaba de sol una llovizna.
Mira cómo tras él va recobrando el verde su rigor.
Oh ven, oh yo pudiera,
como tú, descuidarme del peso de los árboles.
(Pues si uno se cayera en medio del camino,
habrían de ser llamados varios hombres
para poder alzarlo. ¿Hay algo más pesado en este mundo?)
Bajaste con estrépito los muchos escalones
de piedra; lo he oído.
Pero ahora no haces ruido alguno.
Y ya me quedo solo en el sonido
conmigo, con el viento… mas de pronto
un ruiseñor se escapa, se esconde bajo un soto.
Escúchalo en el aire: cómo está, cómo queda,
extenuado acaso o no acabado.
Tú lo oyes conmigo,

¿o es que estás ya ocupada en la otra cara
de la voz, la que ahora se aparta de nosotros?

Duino, primavera de 1912

Al ángel

Tu alegría se alza sobre nuestros dominios
y a nosotros apenas se nos da un sedimento:
como la pura noche de equinoccio,
te yergues dividiendo un día de otro día.

Colección
Lima Lee

